

Colombia, Octubre 28 de 1873.

MARIA APRECIADA:

Continúo hablándote sobre mi llegada á Bogotá.

Amaneció el nuevo día y me dispuse á dar un paseo por las calles de la ciudad: lo primero que ví despues de la cuadra que anduve, fué la plaza de armas, que es de dimensiones proporcionadas, con una estatua pedestre de bronce, que representa á Bolívar, libertador de cinco repúblicas, ejecutada por el célebre escultor romano Tenerani, y colocada sobre un pedestal, que hoy

está desfigurado por los churriguerescos adornos que le han añadido posteriormente.

Enfrente, mirando al Occidente, está la Catedral, bello edificio terminado en 1813, compuesto de los órdenes dórico y jónico y de una cantera gris amarillenta. El edificio es de dimensiones regulares y asienta sobre una extensa plataforma cuadrangular de mas de un metro de alto, á la que se sube por una escalinata corrida en su frente y costados. A este plano llaman altozano los bogotanos, al que por la tarde van á dar un paseo para hacer la digestion y departir sobre política; pegado al ángulo izquierdo de la Catedral, está el Sagrario, pequeño templo, notable sólo por las pinturas que guarda en su interior, ejecutadas por el único y mas notable artista colombiano, Gregorio Vazquez, que existió en el siglo XVII.

Otro edificio que forma ángulo á la plaza y mira al Norte, es el Capitolio, inconcluso, aunque sólo tiene de notable la grandeza de sus dimensiones y

su material, la misma cantera de la Basílica: el centro está formado de una triple columnata estriada que corre paralela á la fachada, del orden corintio, y los ángulos están ornados de dos líneas de ventanas de la misma forma, que imprimen monotonía al edificio, y la cornisa y entablamento un tanto pesados. Este capitolio contendrá las cámaras de diputados y senadores, la Suprema Corte y otras oficinas del gobierno, cuando esté terminado.

La ciudad cuenta en su recinto unos cuarenta templos medianos de proporciones: Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, San Carlos, La Capuchina, el Rosario, el Hospicio, Santa Gertrudis y la Concepción; el resto son capillas insignificantes; todos estos edificios, de mediano valor arquitectónico y sin ornato notable en su interior.

Igual cosa puede decirse de los edificios particulares de la ciudad; que apenas habrá una docena que llamen un poco la atención y que no pasen de dos pisos, y tanto éstos como el resto, que

son bajos, están techados de teja, cuya vista afea las calles, que son estrechas, y las que descienden de los cerros llevan agua no muy limpia, que por la falta de carros, se arrojan en ellas las basuras y otras suciedades, que no dejan de hacer un poco malsana la población.

Bogotá está asentada sobre la colina de dos altísimos cerros, que tiene á su espalda en la parte oriental, denominados de Monserrate y Guadalupe; éste á la parte Sur y el otro á la del Norte; en ambos se miran en su cima las capillas de los santos de su advocación: estos cerros roban la vista del panorama de la ciudad, que no puede alardear las pocas alturas que posee, pues se hallan sumidas, especialmente si el espectador se sitúa en la parte baja, como por ejemplo, á la entrada occidental de San Victorino.

En cuanto á alumbrado, solamente están iluminadas tres cuadras de la calle real y el resto yace en la mas profunda oscuridad, siendo necesario á las

su material, la misma cantera de la Basílica: el centro está formado de una triple columnata estriada que corre paralela á la fachada, del orden corintio, y los ángulos están ornados de dos líneas de ventanas de la misma forma, que imprimen monotonía al edificio, y la cornisa y entablamento un tanto pesados. Este capitolio contendrá las cámaras de diputados y senadores, la Suprema Corte y otras oficinas del gobierno, cuando esté terminado.

La ciudad cuenta en su recinto unos cuarenta templos medianos de proporciones: Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, San Carlos, La Capuchina, el Rosario, el Hospicio, Santa Gertrudis y la Concepción; el resto son capillas insignificantes; todos estos edificios, de mediano valor arquitectónico y sin ornato notable en su interior.

Igual cosa puede decirse de los edificios particulares de la ciudad; que apenas habrá una docena que llamen un poco la atención y que no pasen de dos pisos, y tanto éstos como el resto, que

son bajos, están techados de teja, cuya vista afea las calles, que son estrechas, y las que descienden de los cerros llevan agua no muy limpia, que por la falta de carros, se arrojan en ellas las basuras y otras suciedades, que no dejan de hacer un poco malsana la población.

Bogotá está asentada sobre la colina de dos altísimos cerros, que tiene á su espalda en la parte oriental, denominados de Monserrate y Guadalupe; éste á la parte Sur y el otro á la del Norte; en ambos se miran en su cima las capillas de los santos de su advocación: estos cerros roban la vista del panorama de la ciudad, que no puede alardear las pocas alturas que posee, pues se hallan sumidas, especialmente si el espectador se sitúa en la parte baja, como por ejemplo, á la entrada occidental de San Victorino.

En cuanto á alumbrado, solamente están iluminadas tres cuadras de la calle real y el resto yace en la mas profunda oscuridad, siendo necesario á las

familias ó transeuntes nocturnos, el uso de un farol que lleva un criado.

Las calles reales y las de Florian, que corren paralelas, tienen enlosados; pero todas las demás, y especialmente las transversales que corren de Oriente á Poniente, carecen de ellos y sus empedrados son las puntas salientes de las piedras, que los que no tienen sanos los piés, pasan como si fueran pisando carbones encendidos.

Después de haber andado y visto mucha calles y tiendas, pregunté á mi cicerone Pombo en dónde estaban los paseos; entónces me llevó á una calle terraplenada con piedra menuda y tierra, á la que llaman *Camellon*, que se dirige desde la calle real, pasando por San Francisco, y remata en San Diego, hácia el Norte; pasamos frente á una pequeña parroquia que se titula de las Nieves, y llegamos finalmente á aquel lugar.

—Hé aquí nuestro paseo, me dijo Pombo; aquí venimos algunastardes los bogotanos y los domingos es mas con-

currido, porque acuden las criadas y otras muchas mujeres del pueblo.

—Y, ¿por qué no dice usted que tambien las señoras? exclamé.

—Las señoras, me contestó, prefieren estar encerradas en sus casas, y las que viven en el Camellon de las Nieves, miran la gente desde sus ventanas.

—¡Es cosa singular! repuse; pero, añadí, sabe usted que tienen razon? ¿Qué paseo es este en el que no se vé un árbol, una fuente ni un asiento siquiera? ¿O tienen algun otro con los caracteres que constituyen un lugar de recreacion, como jardines, estatuas, fuentes, etc., en donde la gente de las ciudades se recrea, toma descanso y aspira el aroma de las flores?

—Nada de eso, amigo, me contestó mi interlocutor exhalando un suspiro; la Municipalidad de esta capital, como las de las demás ciudades de este país, no se meten en estos cumplimientos, y los pobres habitantes de ellas carecemos de esos bellos sitios, que en otras par-

tes son tan comunes y tanto la vista como la higiene los hace necesarios.

—Es cierto, y hoy está de moda colocar jardines en las plazas de las ciudades, porque además de las ventajas que usted manifiesta, sirven de romper la monotonía de la arquitectura de los edificios.

—Ya lo creo, añadió Pombo; pero ya no solamente los paseos, que esos, si se quiere, son el lujo de las ciudades; los caminos, ¿no ve usted los caminos de este país, el estado en que se hallan, y eso donde los hay, porque casi la mayor parte de nuestras poblaciones están incomunicadas?

—Hombre, dije á mi amigo; ¿en qué consiste esto cuando Colombia es un país tan rico y su vegetacion admirable, como la he venido mirando en el camino que he traído, y el vapor que me condujo trasbordó á unos pasajeros que me hablaron de la prodigiosa cantidad de oro que producen los minerales y rios de su E., y yo ví en uno de los vapores que bajaron, cuarenta y tantos cajones

con barras de oro que pesaban cuatro arrobas y libras cada uno y que marchaban casi otros tantos periódicamente para el extranjero?

—Positivamente es rico el territorio colombiano; pero, amigo mio, nuestros gobiernos no hacen nada por el país, se ocupan solamente de política, de elecciones y de hacer su negocio.

—¡Es extraño! exclamé; los colombianos en general son inteligentes, de grandes aptitudes para todo, entusiastas y progresistas; esto lo sé yo por personas que conocen este país y por lo que he leído; por eso me admiro de que Colombia esté un poco atrasado y, crece mas mi admiración si imagino que la mayor parte de los granadinos acomodados viajan por todas partes, y el gobierno y demás autoridades están formadas de personas de esa clase.

—Estamos maldecidos, mi artista, exclamó Pombo crispando el puño y mordiéndose los labios; tenemos, es cierto, muchos elementos; pero que nos sirven de nada.

Aquí llegaba nuestra conversacion, cuando se nos reunieron algunos caballeros que salian del convento de San Diego: fuí presentado y hallé en ellos, como en los que seguí tratando despues, un gran fondo de caballerosidad, de instruccion é inteligencia y, sobre todo, de espíritu de progreso, gusto por las artes y las ciencias.

Visité tambien las iglesias y solamente hallé en ellas alguno que otro cuadro de Vazquez, de Angelino Medoro y de Figueroa; nada notable en altares, ornamentos ni estatuas de santos. La Nueva Granada desde el tiempo de los españoles, fué poco favorecida en los ramos de Bellas Artes, y los peninsulares que habitaron en ella, no fueron los que poblaron las capitales de México, que venian de la Metrópoli con sus familias, conduciendo tambien sus ricos menajes de casa, sus galerías, construyendo palacios para vivir en ellos y fijarse en América definitivamente. En la Nueva Granada, como en otras entidades del Nuevo mundo,

los españoles estaban de paso, los mas eran especuladores, y las casas y templos que construyeron eran provisionales, y eso explica por qué en tan pocas partes dejaron algo bueno monumental y surgieron poquísimos artistas.

Tú sabes, amiga mia, los innumerables pintores, escultores, músicos y arquitectos que produjo México cuando se erigieron los conventos y construyeron las iglesias; sus obras están á la vista y tú y yo nos hemos extasiado varias veces ante los cuadros de Cabrera, los Rodriguez, Juarez, Villalpando y otros. Carlos III fundó en 1780 en nuestra capital la Academia de Bellas Artes, y á poco se criaron otras en los principales Estados; todo esto explica las ventajas y desventajas que existen en las repúblicas hispano-americanas y que en el dia estén mas adelantadas unas que otras en la parte material y monumental de los edificios, parques, paseos públicos, jardines, y en general, en todo lo que pertenece á los diversos ramos de Bellas Artes.

En los treinta días que llevo de estar en Bogotá, he pasado por diversas partes y he visto que todas las casas son por el orden de las de que te hablé en mi anterior: la mayor parte bajas y siempre techadas de teja.

He entrado á varias de las de primera, clase y si su exterior es de un aspecto ingrato, su interior es otra cosa: sus dueños desplagan en él el lujo mas refinado y el gusto mas exquisito en las tapicerías, menaje elegante, grandes espejos venecianos y todo lo que produce la civilizacion de la época. Cuando yo veia todo esto y notaba la amabilidad, cultura é instruccion de las personas y sabia que la Nueva Granada ha producido hombres notables en las ciencias y la literatura, que se han hecho admirar en América y Europa, mas y mas me confundia lo heterogéneo de esas bellas cualidades, de esos honrosos antecedentes, con el mal estado de sus caminos, la apariencia de sus poblaciones, su falta de paseos públicos, liceos, academias de artes plásticas, de música y otros ra-

mos que se hayan tan en boga en otros países; pero entónces recordaba las palabras de Pombo «Vuestros gobiernos tienen la culpa del atraso del país.» Y positivamente veia yo un sentimiento diverso en los ciudadanos, supuestas las tendencias que manifestaban por el progreso.

A las nulidades que Pombo atribuia á los gobiernos de la Nueva Granada, hay que agregar el corto período constitucional de su existencia; pues siendo solamente de dos años, no tienen literalmente el tiempo suficiente para emprender una mejora y así se va pasando el tiempo y, por mas que los ciudadanos clamen por el adelanto de su patria y los periódicos hagan eco, las cosas se están en el mismo lugar.

Hay otro pequeño mal que no deja de influir algo en el progreso y es, alguno que otro individuo demasiado patriota y entusiasta de las glorias de su país, que exclama enfáticamente: «Colombia es el cerebro de la América española y Bogotá es el Atenas del Nue-

vo Mundo. Esta opinion, no solamente los extranjeros, sino los cuerdos colombianos la ridiculizan y juzgan errónea, porque para que, en efecto, esa entidad de la América mereciera estos epítetos, sería necesario que llenara las condiciones de la patria de Temístocles y Agamenon.

Iguales pretensiones he oído de algunos de los habitantes de las demas repúblicas y aún de su prensa, que es mucho decir: cada una pretende que su capital es el París de América, que marcha a la vanguardia de la civilización y es superior a sus hermanas. El viajero que esto escucha y conoce el estado respectivo que guardan esos Estados, no puede ménos que compadecer la ceguedad de algunos de sus individuos y aún mas la de los escritores, que manifiestan no haber salido nunca de su país ni conocer las cosas y modo de ser de los demas.

Como me propongo darte cuenta de todo y ademas debo ser imparcial y justo en mis apreciaciones, necesito ser

franco y hablar la verdad por más que se lastime la susceptibilidad de algunas nacionalidades; pues los sensatos verán en mi narración, que si enumero sus defectos, elogio también sus cualidades y sus virtudes, porque estoy íntimamente persuadido de que el que escribe un viaje debe ser sincero y desapasionado, poniendo a la vista de los que los lean un cuadro fiel y exacto de las cosas que describe, so pena de pasar por embustero y charlatan.

Yo amo a Colombia casi, casi como a mi propio país, y asimismo experimento por los demás grandes simpatías, supuesto que son hermanos y tienen mucho bueno por qué admirarse; pero también incurriría yo en parcial ó inexacto si solamente enumerara sus buenas cualidades, disimulando sus defectos.

Continuemos.

Los trajes de los habitantes de las diversas secciones de América, son los mismos, poco mas ó menos; sin embargo, en algunas repúblicas y especial-

mente en el pueblo, difieren algun tanto en pequeños accidentes.

El traje de las mujeres de la última clase en Colombia, consiste generalmente en una enagua de percal, mantilla de paño negro con blonda en la orla; esta mantilla es recta en su extremo inferior y redonda en el superior á guisa de capote, hasta mas abajo de la cintura; un sombrerito de jipi con lorenzana por detrás y llevado graciosamente; no usan calzado, sino alguna que otra, por mas de moda que sea el vestido y de cola; tal vez hay esta anomalía en la muchacha colombiana por lucir su lindo pié, que cuida de llevarlo siempre limpio. La mujer del campo, en las poblaciones de la Sabana, que son templadas, lleva todo el traje negro y calza alpargatas de pita, como las de los hombres. Estos llevan sombrero de jipi con una cinta negra, ruana (1) oscura, embrocada que les da á los muslos; pan-

1. Especie de manga ó tarape corto con boca manga.

talón negro ó de color y tambien alpargatas. Este traje del hombre del pueblo es uniforme é imprime en el conjunto una monotonía chocante. Cuando se mira á todo el largo de la calle, se cree ver un batallón diseminado con un uniforme extraño: la ruana no se les desprende por nada, haga frío ó calor, ocúpense ó no en las mayores faenas; en suma, ese cuadro de paño burdo inspira antipatía, porque revela en los que la llevan, pereza y desaseo.

Algo de esto puede imputarse al traje negro y á la popular mantilla que usan las señoras, igual en todo á la de las mujeres del pueblo, porque á pretexto de ese tapado, como el de la capa de antaño, rarísima vez se mira una señora ó jóven peinada, y las mas usan dos trenzas.

De esta manera, la masa de la gente por las calles, inspira la idea de andar por los claustros de un convento en donde vagan centenares de frailes y monjas, porque todo es negro, los se-

ñores son una excepción, porque visten como los de los demás países.

En el interior de las casas cambia la decoración; las señoras y señoritas se presentan perfectamente vestidas y peinadas, usando trajes de color y á la última moda, que, añadiendo el sombrero, se miran en alguna fiesta notable por la calle ó para hacer una visita de etiqueta.

Por las mañanas afluyen á los templos familias enteras con el traje oficial mencionado, y llevando el rosario y libro de oraciones, incluso las niñas de seis ú ocho años. Al otro día de llegado, me causó novedad esta circunstancia, y preguntando si era día de fiesta, porque veía á tantas señoras ir á misa, me contestaron que no, "sino que era costumbre diaria ir á la iglesia las familias á mañana y tarde."

Como yo acababa de llegar de otros países menos devotos, ó indiferentes, me causó extrañeza esa costumbre.

Deseo terminar ya la presente porque hasta aquí acabó también la ma-

teria de lo que he visto en estos pocos días; pasado algun tiempo, te escribiré otra sobre lo mas que siga yo observando.

Adios, amiga mia.